

Antes de esta discusión el Senado había adoptado el 13 de febrero la ley sobre los reincidentes, y el 19 la ley sobre las ventas á plazo, que habían de volver á la Cámara. Esta votó el 26 de marzo una ley sobre la Caja de las Escuelas, alimentada hasta entonces por los arbitrios del presupuesto extraordinario. Los gastos á efectuar se elevaban á 629 millones, corriendo á cargo del Estado poco más de la mitad; se cubrirían mediante empréstitos al «Crédit Foncier» contratados por los municipios, con obligación de amortizar en cuarenta años; el Estado tomaba á su cargo parte del servicio de intereses y de amortización. Terminada la operación, en diez ó doce años, el Estado no tendría que soportar sino un gasto anual de 16 millones. En cuanto á los gastos relativos á la enseñanza superior y á la segunda enseñanza, que el Estado debía soportar solo, se cubrirían con un sobrante de 34 millones, procedente de la antigua Caja de las Escuelas y pagadero por anualidades.

La aceptación de las contraproposiciones francesas para el arreglo de la cuestión financiera en Egipto (15 de enero) y la firma del convenio financiero internacional (15 de marzo), así como la firma del acta final de la Conferencia de Berlín sobre el Africa occidental (26 de febrero), fueron para Francia victorias diplomáticas, que una derrota en el Tonkín, sumamente abultada, hizo olvidar completamente.

Desde principios de 1885 el gabinete había dado un vigoroso impulso á las operaciones militares en el Tonkín. El general Briere de l'Isle había hecho avanzar al general Negrier, que siguió el valle del Loch-Nan, rechazó á los chinos el 3 y el 4 de enero y se apoderó del campo de An-Chau cerca de Chúi. En febrero, Briere de l'Isle forzó las obras de defensa de los chinos, apoderóse de numerosos fortines y del campo de Dong-Song y entró en Lang-Son el 13 de febrero, después de cinco días de reñidos combates. Estaban tan lejos de pensar que los chinos volverían á tomar la ofensiva, que dejó á Negrier en Lang-Son y llevóse á la brigada Giovanninelli para socorrer al coronel Dominé, bloqueado tres semanas hacía en Tuyen-Quan, sobre el río Claro. El 3 de marzo, la salvación de Dominé costó á la brigada Giovanninelli 60 muertos y 133 heridos, y á la guarnición de Dominé 52 muertos y 33 heridos. Al mismo tiempo Negrier, rechazando á los chinos hacía That-Khé, hacía volar la puerta de China.

Por mar, el contraalmirante Lespés y el coronel Duchesne desembarcaron en Formosa, se abrieron la ruta de Tamsui y se acercaron á Kelung, mientras Courbet, bloqueando la desembocadura del Yang-Tse-Kiang, impedía las comunicaciones y el transporte del arroz entre China y Shang-Hai. El 13 de febrero los torpederos franceses echaron á pique dos cruceros chinos y bombardearon los fuertes de Tsing-Hai, en la desembocadura del río de Ning-Pó.

Durante estas operaciones se negociaba la paz en París, desde el 10 de enero, por mediación de James Ducán-Campbell, representante en Londres de Robert-Hart, inspector de las aduanas chinas. El 26 de febrero, el 1.º de marzo y el 12, Robert-Hart vino anunciando á Julio Ferry que la China consentía en ratificar incondicionalmente el tratado de Tien-Tsin. El 17, Ferry informó al Sr. Patenôtre en Shang-Hai acerca del es-

tado de las negociaciones oficiosas y le anunció una comunicación oficial de China. El 22 de marzo, el cónsul de Francia en Tien-Tsin recibió, en efecto, esta comunicación. Tal era la situación cuando llegó á París, en la tarde del 27 de marzo, un parte del general Briere, fechado en Hanoi el 25 y concebido en estos términos:

«Recibo del general Negrier el telegrama siguiente:

«Dong-Dang, 24 marzo, 11 noche.—El enemigo atacó el puerto de Dong-Dang el 22 demarzo, á las dos de la mañana. Tuve que avanzar para infundir respeto. El 23, pude apoderarme de la primera línea del campo atrincherado de Bang-Co. El 24, mis esfuerzos han fracasado ante una superioridad numérica considerable. Cerca de las dos, habiendo la artillería agotado sus municiones, he tenido que romper el combate. He regresado á Dong-Dang á las siete de la tarde. Todos los heridos han sido transportados á Lang-Son.»

»Nuestras bajas son unas 200 entre muertos y heridos. Los refuerzos enviados de Francia para la segunda brigada han empezado á llegar el 24 de marzo. La *Nievre* llegó el 21.

»BRIERE DE L'ISLE.»

Este parte contenía sobre el número de los enemigos y sobre la falta de municiones obscuridades que convenía aclarar. Apenas abierta la sesión de la Cámara, el 28 de marzo, Julio Ferry pidió la discusión inmediata de la interpelación que el Sr. Granet había presentado el 26. Contestando al interpelante, el presidente del Consejo expuso que no había hecho más que seguir las indicaciones que la Cámara y el Senado le habían dado y que las órdenes del día de ambas asambleas le habían confiado un mandato que él había cumplido lealmente. Puso luego en conocimiento de la Cámara un segundo parte del general Briere de l'Isle, mucho más tranquilizador, en que se decía que el general Negrier había regresado á Lang-Son con su brigada, que no necesitaba refuerzos ni municiones y que el ánimo de las tropas permanecía intacto. Después de nuevos ataques de Raúl Duval y Clemenceau contra el presidente del Consejo, un voto de desconfianza del Sr. Rivet fué desechado por 246 sufragios contra 217, y la orden del día pura y simple, aceptada por el gobierno, reunió 259 votos contra 209. Ambas votaciones atestiguaban las vacilaciones de la mayoría.

Al día siguiente de la sesión en que el gobierno había obtenido tan penosa victoria, el ministro de la Guerra recibió un nuevo despacho telegráfico de Hanoi, que fué comunicado el 29 de marzo á los periódicos de la tarde:

«Hanoi, 28 marzo, 11 y 38 noche.

»Tengo el dolor de anunciaros que el general Negrier, gravemente herido, se ha visto obligado á evacuar Lang-Son. Los chinos, desembocando en tres columnas de grandes masas, atacaron impetuosamente nuestras posiciones delante de Ki-Lua. En presencia de aquella gran superioridad numérica, y habiendo agotado sus municiones, el coronel Herbinger me anuncia que se ve obligado á retroceder hacia Dong Son y Than-Moi. Concentro todos mis medios de acción en los desfila-

deros de Chúi y de Kep. El enemigo sigue aumentando en el Song-Koi. De todos modos, espero poder defender todo el Delta. Pido al gobierno que me envíe lo más pronto posible nuevos refuerzos.

»BRIERE DE L'ISLE.»

Este parte desesperado y trastornador era tanto más inexplicable cuanto que el 28 de marzo los franceses habían causado una seria derrota á los chinos, matandoles 1.200 hombres. El general Briere de l'Isle se serenó pronto y, veinticuatro horas después del parte de 28 de marzo, expidió otro mucho más tranquilizador:

«Negrier se encuentra en Dong-Song, decía; su curación es segura. Herbinger se halla en Than-Moi con su columna; no fué hostilizado en su retirada y la evacuación se operó sin dificultad. Permanece en Than-Moi y en Dong-Song cerrando ambas rutas. Los víveres y municiones abundan en Dong-Song y los abastecimientos reunidos en Chúi pueden hacer frente á todas las necesidades.

»BRIERE DE L'ISLE.»

Perfectamente enterado de la situación, gracias á este parte rectificativo, el gobierno ordenó el envío inmediato de refuerzos al Tonkín, hizo bloquear el golfo de Petchili por Courbet y se presentó ante la Cámara, el 30 de marzo, con una petición de créditos por valor de 200 millones que permitirían enviar al Tonkín 10.000 hombres sacados de las guarniciones argelinas. El gobierno de tal modo se daba cuenta de las disposiciones de la Cámara, que le propuso votar los créditos sin voto de confianza; ulteriormente decidiría á qué manos convenía confiar la dirección de la política enérgica que se le aconsejaba seguir.

No hubo lucha entre el gobierno y la oposición en aquella triste jornada: el gobierno no se defendió. La oposición, representada por Clemenceau y por Ribot, hizo un verdadero proceso á Julio Ferry y á sus compañeros de gabinete. Clemenceau los trató como á acusados de alta traición sobre quienes no tardaría en caer el peso de la ley; Ribot los trató de embusteros en lenguaje parlamentario. Como Gambetta, Ferry fué derribado á propósito de una cuestión de prioridad. Manifestó el deseo de que se pusiesen desde luego á votación los créditos, y una mayoría compuesta de 220 republicanos y 86 reaccionarios se opuso á ello. Los amigos fieles del gabinete, en número de 149, eran todos republicanos. Después de esta votación, Julio Ferry subió á la tribuna para anunciar que el gabinete iba á entregar su dimisión al presidente de la República. En su ausencia, la Cámara desechó por 287 votos contra 152 una proposición que tendía á llevar el ministerio á la barra, proposición firmada por los Sres. Delafosse y Laisant, unidos en un odio común contra el gran ministro derribado, y la asamblea se reunió en secciones para nombrar la Comisión de los créditos.

Dos días después de aquella votación, un despacho del general Briere de l'Isle, fechado en 1.º de abril, reconocía que la retirada del coronel Herbinger había sido tan precipitada como inexplicable, que la brigada tenía víveres y municiones para veinte días y que la situación era mejor de lo que hacían suponer ciertos in-

formes exagerados. El 4 de abril, se supo que se había firmado la paz entre Billot y Campbell y que Li-Hung-Chang había ordenado la evacuación del Tonkín por los chinos.

No era solamente Julio Ferry el que había sucumbido el 30 de marzo; la mayoría del 21 de febrero se había disuelto, y con su debilidad, con su falta de valor, con su silencio ante los ultrajes lanzados á su jefe por la derecha y la extrema izquierda, si no había puesto en peligro la existencia de la República, había hecho dudar al menos de su aptitud para soportar largo tiempo un guía y de su capacidad gubernamental.

Julio Ferry había recogido la herencia de Gambetta y hecho triunfar algunas de sus ideas; había parecido á Francia, después de una de esas crisis nerviosas que este país atraviesa periódicamente, como el único hombre bastante fuerte para resistir á los violentos y disciplinar á los moderados. Se había mantenido dentro de los límites del programa que se trazara, sin salirse nunca de ellos, sin decir nunca nada á sus adversarios por temor, ni á sus amigos por complacencia. En el exterior había levantado el prestigio de Francia arrancándola á la contemplación de los Vosgos en que se hallaba como hipnotizada; había hecho ondear su bandera en los mares de China, en el Song-Koi, en Madagascar y en el Congo, y le había reconquistado, en las conferencias europeas, el puesto que se había dejado quitar. Estos grandes servicios fueron recompensados con la sesión del 30 de marzo, en que la Cámara trató á Julio Ferry como á un malhechor público.

Aquel mismo día, en el Senado, un hombre que llevaba uno de los nombres más ilustres de la Revolución, Hipólito Carnot, declaró, en nombre de un gran número de senadores, que votaría todo lo necesario para salvar el honor nacional, en presencia de acontecimientos cuyo alcance no había que exagerar. Ocho años más tarde, también era el Senado el que había de otorgar al gran calumniado la suprema reparación y á aquella vida próxima á terminar la más alta recompensa.

Indudablemente Julio Ferry cometió faltas durante su ministerio, pero estas faltas eran inevitables con una mayoría fluctuante, cuya fidelidad estaba á merced del menor incidente. ¿Era posible una política más franca y más firme con una Cámara que, en la más grave de las circunstancias, no dió más que 149 votos al gobierno? Los cien republicanos liberales ó progresistas que abandonaron á Julio Ferry el 30 de marzo de 1885 merecen ser severamente juzgados; demostraron su impotencia para hacer vivir al gobierno de su elección, el que mejor les representaba y representaba también á la gran mayoría del país, y son responsables de los acontecimientos ulteriores. A causa de ellos, la República entró en un período crítico y turbulento, en la era no solamente de las dificultades, sino de los peligros más graves que corrió desde su institución.

XV

La crisis ministerial que terminó con la constitución del gabinete del 6 de abril fué de las más laboriosas. Brissón desechó de pronto el ofrecimiento del presidente de la República. Freycinet trató durante tres días de reunir diez colaboradores, y Constans hizo lo mismo

durante cuarenta y ocho horas. Mientras se practicaban estas negociaciones se supo (4 de abril) la conclusión de los preliminares de paz entre Francia y China, y muchos hombres políticos hablaron de la posibilidad de la vuelta de Ferry al poder. Esta solución hubiera sido la más lógica; por esto fué inmediatamente descartada, y el Sr. Brissón, á quien se apeló de nuevo, sin dejar de comprender las dificultades ni la gravedad de la situación, cedió á las instancias de Grevy. El 6 de abril quedaba constituido el nuevo gabinete.

Brissón tomó con la presidencia del Consejo el ministerio de Gracia y Justicia, y confió los Negocios extranjeros á Freycinet, el Interior á Allain-Targé, la Hacienda á Clamagerán primero y á Sadi-Carnot después, la Guerra al general Campenón, la Marina al almirante Galibert, la Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes á Goblet, las Obras públicas á Sadi-Carnot primero y á Demôle después, el Comercio á Pedro Legrand, la Agricultura á Hervé Mangón y los Correos y Telégrafos á Sarrién. Pocos días después fueron confiadas respectivamente á los Sres. Herault, Cavaignac, Rousseau y Turquet las subsecretarías de Hacienda, Guerra, Colonias (agregadas á Marina) y Bellas Artes.

La presencia de Brissón, Allain-Targé y Goblet en el ministerio indicaba evidentemente un paso hacia la izquierda radical; sin embargo, había en el nuevo gobierno cuatro individuos que no habían vacilado en votar en favor de Ferry, el 30 de marzo. Estos cuatro audaces eran Sadi-Carnot, Pedro Legrand, Cavaignac y Rousseau. En cuanto al ministro de Negocios extranjeros, sabido es que hubiera podido figurar indiferentemente en un gabinete de derecha pura ó en un gabinete de extrema izquierda. Los demás ministros, Demôle, Hervé-Mangón y Sarrién, no eran del todo oportunistas ni del todo radicales. Los encargados de las cartenas de Guerra y Marina eran ante todo especialistas. El disentiimiento surgió el 3 de enero de 1885 entre Ferry y Campenón había determinado sin duda á Brissón á elegir para el ministerio de la Guerra al antiguo colega de Gambetta y de Ferry. La elección difícilmente hubiera podido ser más acertada. El general Campenón se imponía por su competencia técnica, por su liberalismo, por su carácter sobre todo y por la corrección de su actitud que tanto habían de contrastar con el carácter y la actitud de su sucesor, el general Boulanger.

También por su carácter se impuso Brissón á la voluntad de Grevy, después de la caída de Julio Ferry, como en 1882, después de la caída del gabinete del 30 de enero. Todo hombre político está en el deber de negarse á tomar la dirección del gobierno cuando no encuentra ni los elementos de una combinación duradera en el Parlamento, ni los apoyos necesarios á todo gobierno en una mayoría fuerte. Brissón había cumplido este deber rechazando la primera oferta de Grevy en 1882, y no cedió en 1885 sino cuando se apeló á su patriotismo y á su abnegación republicana. La necesidad de liquidar los asuntos coloniales en vísperas de elecciones y la de preparar la transmisión del poder presidencial vencieron sus repugnancias; pero comprendió muy bien que no tendría ni ministerio homogéneo, ni mayoría segura, ni posibilidad de hacer prevalecer ninguna de las ideas que siempre había sostenido. No

era un ministerio homogéneo aquella combinación en que se encontraban hombres políticos que habían votado en favor de Ferry y otros que habían votado en contra de él. No era un gabinete formado según las reglas parlamentarias el que tenía al menos dos jefes, además de Brissón. No era tampoco una mayoría muy coherente la que no podía mantenerse sino con el apoyo de los 149 diputados que habían sido fieles á Ferry el 30 de marzo y que reemplazaron á los radicales, tan pronto como éstos hubieron reanudado contra Brissón sus costumbres de oposición á todo trance. En fin, para realizar una obra considerable, como la separación de la Iglesia y del Estado, el momento no era nada propicio, tres meses antes de concluir la legislación. Aceptando el poder en tales condiciones, Brissón hacía un verdadero sacrificio y se exponía á comprometer una fuerza aun intacta que, en un momento dado, podía ser necesaria al país; él supo sacar el mejor partido posible de una situación difícil. Derrotado Ferry, nadie tenía más autoridad que Brissón para presidir á la renovación de la Cámara y á la transmisión de los poderes presidenciales y para arreglar las dificultades exteriores, sin menoscabo para los intereses ni para el honor de Francia.

En la brevisima declaración que leyó en el Parlamento el 7 de abril, Brissón calificó su gabinete de ministerio de unión y de conciliación; anunció que procuraría realizar la concentración natural de las fuerzas republicanas, que seguiría en el exterior la misma política que el anterior gabinete y que se esforzaría en preparar elecciones libres, leales y sinceras. Este programa fué escrupulosamente seguido. La administración de Brissón fué ante todo sincera, leal y respetuosa de todas las libertades.

La Cámara y el Senado conceden, sin regatear, un crédito de 150 millones al ministerio para el Tonkín. Aunque la paz es ya un hecho, el gabinete organiza el cuerpo expedicionario como si la guerra tuviese que reanudarse al día siguiente: el general Courcy es puesto al frente de una fuerza de 35.000 hombres, con el general Warnet como jefe de estado mayor; el general Jamont manda la artillería; dos generales de división, Briere de l'Isle y Negrier, y cuatro brigadieres, Giovanninelli, Jamais, Munier y Prudhomme, completan aquella brillante reunión de oficiales generales. Para prevenir toda eventualidad, reúnen un ejército de reserva en el Paso de los Lanceros, bajo la dirección del general Coiffé. Atiéndese al porvenir tanto como al presente: la Cámara, con el apoyo del gobierno, discute, el 21 de mayo en primera y el 3 de agosto en segunda deliberación, las grandes líneas de un ejército colonial. Las tropas de Marina deben agregarse á Guerra; las fuerzas que se hallan de guarnición en Africa deben aumentarse por medio de reclutas voluntarias con primas de enganche. Estos principios ofrecían al menos las bases de una organización futura: la legislatura terminó sin que el Senado los pudiese estudiar, y otras legislaturas transcurrieron sin que la cuestión adelantase un paso.

Las negociaciones con la China terminaron el 9 de junio con la firma del tratado de Tien-Tsin. Los incidentes de Lang-Son no habían aumentado las pretensiones del Celeste imperio: éste aceptó las condiciones impuestas por Ferry y consintió en evacuar el Tonkín,

pero sin pagar indemnización de guerra. La evacuación fué algo más lenta de lo que se había anunciado: los papellones negros de Luh-Vinh-Phuoc no salieron de Than-Quan hasta fines de junio. Los franceses, por su parte, abandonaron, en los plazos convenidos, todas sus conquistas marítimas y en particular el excelente fondeadero de las islas Pescadores, que Courbet había ocupado á fines de marzo. El gran marino murió á bordo del buque almirante, el 11 de junio, víctima de las fatigas de la lucha y de los sufrimientos morales que las vacilaciones de la dirección suprema habían causado á su patriotismo.

El tratado de Tien-Tsin fué ratificado por la Cámara el 6 de julio y el 16 por el Senado. El tratado concluido el 17 de junio de 1884 con el Cambodge fué igualmente ratificado por ambas Cámaras. En todas estas negociaciones, el gabinete del 6 de abril continuó los asuntos del gabinete Ferry, como lo hizo para el convenio de Londres del 17 de marzo de 1885, para la neutralización del canal de Suez y para el arreglo de la cuestión del Congo. Enrique Brissón dió pruebas de un notable espíritu político continuando pura y simplemente la política exterior y la política colonial de Julio Ferry. Los acontecimientos le favorecieron y no experimentó las decepciones que habían trastornado la acción francesa en Indo-China y ocasionando la ruptura entre la mayoría de la Cámara y el gabinete anterior. Hasta después de la represión no se tuvo noticia de la perfidia de los anamitas y de las intrigas de la corte de Hué. Esta había preparado una de esas emboscadas en que son maestros los asiáticos. El general Courcy les mató 1.500 hombres y poco después hizo deportar á Paulo-Condoro uno de los regentes, Thuong. El otro regente, Thuyet, había huido con el joven rey. El príncipe Metrién reemplazó al rey fugitivo con el nombre de Danc-Khanh y sometióse dócilmente al protectorado francés. En el Tonkín, el general Jamont se apoderó de Than-Moi el 24 de octubre.

En la gran discusión de últimos de julio sobre el crédito de 12 millones para Madagascar, pedido por su antecesor, Brissón se pronunció terminantemente en favor de la política «de conservación del patrimonio nacional.» El ponente, Sr. de Lanessan, se había mostrado favorable á la petición. Périn y Clemenceau se habían declarado, por el contrario, muy hostiles á toda política colonial. El Sr. de Mahy, diputado de la Reunión, hubiera querido que Francia se anexionase Madagascar. Freycinet, en cambio, protestaba contra toda idea de conquista. El presidente del Consejo arrancó el voto comprometiéndose á no abandonar nada de los derechos ni de los intereses franceses, y el crédito fué concedido.

Las reservas hechas por Freycinet acerca de la expansión francesa en Madagascar impidieron realizar en ella serios progresos; el 12 de septiembre libróse con éxito el combate de Furafate y tres meses después firmóse un arreglo que daba á los franceses, con libres establecimientos para éstos, una indemnización de 10 millones, la posesión de la bahía de Diego-Suares y la dirección de la política exterior de los hovas. Francia reconocía á la reina de Madagascar. Pero ésta supo escapar á la acción francesa, como sus ministros, y la influencia de Francia fué puramente nominal en toda la

isla que no se hallaba ocupada por fuerzas francesas respetables.

Al día siguiente de la formación del ministerio, la Cámara había tenido que proceder á la elección de su presidente, en reemplazo de Brissón. La mayoría se hallaba tan dividida que Floquet, candidato de los radicales, no había podido triunfar sino á la tercera votación, con los sufragios de algunos miembros de la derecha, por 179 votos contra 175 dados á Fallieres, candidato de los moderados ó ferrystas. Estos moderados no podían ya ser excluidos de todas las comisiones, como lo habían sido á raíz de la caída de Gambetta; entraron en bastante número en la comisión de los presupuestos de 1886 y eligieron presidente á Rouvier, ex ministro de Ferry.

La legislatura ordinaria, suspendida el 7 de abril, reanudóse el 4 de mayo, y el gabinete Brissón, á pesar de sus promesas de radicalismo, á pesar de la cesantía ó traslado de algunos prefectos, á pesar de haber pedido la dimisión del Sr. Camescasse, prefecto de policía, se encontró enfrente de los mismos ataques que Ferry, de parte de la extrema izquierda ó de la derecha. Combatía las pretensiones de estos dos grupos intransigentes con los mismos argumentos que Ferry y obtenía las mismas mayorías. El 16 de mayo, hizo desechar una proposición de amnistía presentada por Clodoveo Hugues y Pelletán. El 26 del mismo mes, Allain-Targé, contestando á una interpelación sobre las manifestaciones que se habían producido en el cementerio del Padre Lachaise con motivo del aniversario del 24 de mayo, hizo una distinción sutil entre los estandartes rojos y las banderas del mismo color, entre el recinto y el exterior del cementerio; pero, esta concesión aparte, condenó el desorden tan enérgicamente como Waldeck-Rousseau y obtuvo un voto de confianza. En la Cámara y en el Senado, Goblet contestó victoriosamente sobre la secularización del Panteón, el 28 y el 30 de mayo. Víctor Hugo había muerto el 21, y el gobierno pensó que la única sepultura propia del insigne poeta era la que la Revolución había designado para los grandes hombres. París comprendió esta idea é hizo al autor de *La leyenda de los siglos* unas honras fúnebres que fueron como la glorificación del genio de la República.

El 4 de junio, empezó á discutirse en la Cámara la proposición relativa al procesamiento del gabinete Ferry, discusión cuya urgencia había sido deseada en la sesión del 30 de marzo. Desde su caída, Ferry había guardado silencio en la Cámara. Sin embargo, el 15 de abril, dijo proféticamente, en un discurso pronunciado en el Círculo del Comercio de Epinal: «La apología del gabinete caído dejó que la hagan los acontecimientos;» y anunció que el gabinete del 6 de abril no podría seguir una política diferente de la que había seguido el ministerio anterior; por esto prestó el concurso más decidido y leal á Brissón.

El ponente de la comisión del procesamiento proponía que se desechara la proposición. El presidente del Consejo tomó la palabra antes de toda discusión y, en una declaración llena de franqueza y de claridad, demostró la inoportunidad de la manifestación proyectada, la ausencia fatal de sanciones en caso de votarse la proposición, y la desunión no menos fatal que introduciría en las filas de la mayoría. Un diputado de la iz-

quierda radical, Riviere, y otro de la derecha, Delafosse, reprodujeron con apasionada violencia ciertos ataques contra el gabinete Ferry, que eran ya triviales á fuerza de repetirse. Estos furiosos ataques parecían un eco debilitado de las violencias del 30 de marzo: nadie creyó deberlos recoger. Clemenceau guardó silencio y las conclusiones de la comisión fueron adoptadas por 305 votos contra 141.

Esta discusión, retrospectiva y vana, fué la última incursión de la Cámara en el terreno político. Los últimos tres meses de existencia de la asamblea elegida en 1881 fueron consagrados, como de costumbre, á la votación de numerosas medidas que tenían sobre todo un carácter electoral y que no fueron todas ratificadas por el Senado. Una de tantas fué la ley sobre el reclutamiento y el servicio de tres años que negaba toda dispensa á los hombres provistos de título académico, á los maestros de escuela y á los eclesiásticos. La ley sobre los reincidentes fué, por el contrario, definitivamente votada, tal como había salido de las deliberaciones del Senado.

Preparados por Tirard, conservados en sus grandes líneas por Sadi-Carnot, los presupuestos de 1886 fueron votados por el Senado, tales como los había adoptado la Cámara el 6 de agosto, y promulgados dos días después. Los presupuestos ordinarios se elevaban á 3.015 millones de gastos y 3.016 millones de ingresos, y los extraordinarios á 163 millones y medio.

La liquidación de la antigua Caja de liceos, colegios y escuelas y la dotación de una nueva Caja de escuelas y caminos vecinales, en favor de la cual se emitieron 320 millones de obligaciones á plazo corto, reembolsables en veintidós años, con los recursos del presupuesto ordinario, sirvió como de prefacio á la discusión de la ley de Hacienda. Esta discusión reveló que la Deuda perpetua ascendía á 20.000 millones, la Deuda amortizable á 6.000 millones y á 1.100 millones la Deuda flotante. En cambio se pusieron de manifiesto los 75 millones economizados en tres años sobre los gastos generales, los créditos extraordinarios, que eran de 200 millones en 1882, reducidos á 30 millones en 1884 y á 5 millones y medio para el primer semestre de 1885. La reducción del impuesto territorial para las familias que tenían siete ó más hijos, reducción que se transformó en una consignación suplementaria de 400.000 francos al capítulo de becas, la supresión del impuesto sobre el papel, cuyo efecto había retrasado la Cámara hasta el 1.º de diciembre de 1886 y la limitación á un año de la condonación de impuestos concedida á los propietarios de pisos no alquilados, fueron los puntos culminantes de la discusión. El deseo de terminar los trabajos legislativos quitó toda acuidad á la contestación anual entre una y otra Cámaras, sobre sus atribuciones financieras respectivas.

Hemos dejado á un lado la ley sobre el escrutinio de lista, que fué discutida en el Senado del 19 al 23 de mayo y adoptada en la Cámara el 8 de junio, sin modificaciones, tal como volvía del Senado.

La Unión republicana y el periódico *La República francesa* parecían ver en el voto del escrutinio de lista una especie de piadoso homenaje rendido á la memoria de Gambetta. Este principio, muy contestable, venía á ser como el artículo 1.º de una especie de testamento

político dejado por el gran patriota. Amigos y adversarios de Gambetta atribuían una importancia desmedida al nuevo credo. Pero la corriente era tan impetuosa que á nadie se le ocurrió luchar contra ella.

A mediados de 1885, pocos meses antes de las elecciones del 4 de octubre, no había persona inteligente que no pudiese prever que la futura Cámara, reforzada en sus extremos y diminuida en el centro, no tendría programa ni mayoría; que muchos departamentos, sin ser monárquicos, pasarían á la reacción, merced al escrutinio de lista; que muchos otros, sin ser radicales, darían á candidatos radicales la mayor parte de sus sufragios; que en todos la minoría sería derrotada, y que Francia, firmemente republicana, pero tan apartada de las violencias como de las quimeras, no se reconocería en sus elegidos. Era de prever, en efecto, que la próxima consulta electoral, eliminando á los moderados y poniendo frente á frente á los violentos de la derecha y de la izquierda, haría muy difícil la constitución de un partido intermedio en la futura asamblea, de un partido que no se inspirase más que en los intereses esenciales del país y en ideas patrióticas y liberales, alejando á la vez el peligro monárquico, resucitado ocho años después de la reacción del 16 de mayo, y el peligro revolucionario que había de encarnarse en un soldado inventado, protegido y empujado por el radicalismo inconsciente.

La tercera legislatura republicana (1881-1885), que había hecho concebir tantas esperanzas al principio y causado después tantas decepciones, había concluido en medio de una especie de desconcierto. En tres circunstancias importantes (4 de junio, 6 y 21 de julio), el gobierno se había hecho solidario del gabinete anterior, con gran disgusto de la extrema izquierda. La mayor parte de los miembros de la mayoría habían reconocido la falta cometida el 30 de marzo de 1885 sin tener el valor de repararla. Las demás fracciones parlamentarias habían ofrecido el espectáculo de una descomposición que no presagiaba nada de bueno para las próximas elecciones.

Los miembros de la antigua mayoría ferrista habían pensado dirigir un manifiesto colectivo á los electores y constituido á este fin un comité de redacción compuesto de senadores y diputados notables. Ranc, Bert y Ribot, que formaban parte del comité, no pudieron entenderse y el manifiesto no llegó á redactarse. En tal desacuerdo de sus antiguas fuerzas, Julio Ferry expuso, solo, la política que había seguido y la que se proponía seguir, en sus discursos de Lyon y de Burdeos y en su profesión de fe á los electores de los Vosgos. En Lyon, al mismo tiempo que se declaró oportunista, dejó á los radicales libres de votar por radicales, poniéndoles únicamente en guardia contra los intransigentes. En Burdeos, insistió en la necesidad de formar una mayoría gubernamental. A los electores de los Vosgos les indicó que la política colonial de Francia debía limitarse en adelante á la organización y á la explotación de las regiones nuevamente adquiridas, y la política interior á la revisión de las leyes militares, á la reforma de las circunscripciones administrativas, á la ampliación de la competencia de los jueces de paz, á la reducción de los gastos de justicia, á la introducción del principio del impuesto sobre la renta en el sistema fiscal, á la

economía más rigurosa, á la presentación de una ley equitativa sobre la responsabilidad de los accidentes en las grandes industrias y al mayor desarrollo de la enseñanza manual técnica y profesional.

Julio Ferry, Meline, Brugnot, Bresson, Alberto Ferry y Frogier de Ponlevoy, inscritos en la candidatura republicana del departamento de los Vosgos, se presentaron, el 23 de agosto, ante los delegados de los cantones reunidos en Epinal. Julio Ferry empezó por trazar un vasto cuadro de la obra realizada, durante la legislatura que acababa de concluir, por la República gubernamental; recordó los 13.000 kilómetros de caminos vecinales y los 12.000 kilómetros de ferrocarriles construidos, las 26.000 escuelas edificadas, el presupuesto de Instrucción pública elevado de 38 á 136 millones, la frontera del Este rehecha y el material militar reconstituido. Después de haber manifestado el deseo de que la próxima legislatura fuese consagrada á las reformas prácticas y á los progresos realizables, protestó una vez más contra las reformas mal concebidas, contra las frases huecas y sonoras y contra las utopías. Meline, que, diez años después, había de recoger la bandera derribada el 30 de marzo de 1885, fué interrogado por uno de los delegados sobre el régimen económico de las colonias, y manifestó que el mercado chino, con su clientela de 10 millones de consumidores, bastaba para justificar la expedición del Tonkin, y explicó de qué manera los ingleses, hombres prácticos, comprendían la política colonial. «Si un gabinete inglés, dijo Meline, hubiese aportado á Inglaterra una colonia como el Tonkin, hubiera sido acogido con una unánime manifestación de entusiasmo. Amigos y adversarios se hubieran unido para aclamarlo.»

Meline, como su colega y amigo Julio Ferry, como todos los republicanos, condenó la campaña de calumnias, difamaciones y mentiras emprendida no sólo contra los republicanos moderados, sino que también contra la misma República parlamentaria.

El programa de los republicanos de los Vosgos difería en poco del que Brissón explanó el 8 de septiembre en París, en una reunión electoral. Descartó la cuestión de la separación de la Iglesia y del Estado, porque la mayoría del país no estaba preparada para ella.

La Alianza republicana de los comités radicales y progresistas del Sena, que presidía Tolain, había dirigido el 23 de julio á los electores un manifiesto en que invitaba á todos los republicanos á una inteligencia leal. Después de haber insistido sobre la necesidad de fundar la estabilidad gubernamental con la formación de una mayoría homogénea, trazó un programa que contenía un excesivo número de cuestiones, y proponía sobre las más delicadas, como la separación de la Iglesia y del Estado, la ley electoral del Senado y los bienes de manos muertas, soluciones vagas ó contestables. La Alianza republicana, después de estas declaraciones de principio, hacía obra de eclecticismo político mezclando en su lista de 38 nombres á los Sres. Passy, Spuller, Brissón, Ranc, Lockroy y Floquet.

Los radicales habían redactado en junio un manifiesto en que pedían, entre otras reformas, la revisión constitucional, el impuesto sobre la renta, la revisión de los convenios, la separación de la Iglesia y del Estado y leyes de protección y emancipación del trabajo. Este

programa iba firmado por Barodet, Boysset, Clemenceau, Lacroix, Lanessan, Maret, Pelletán, Perin y 72 colegas suyos. Aunque condenaba la política de aventuras y conquistas, separaba la Iglesia del Estado, reducía el servicio militar, suprimiendo el servicio voluntario de un año y la excepción de los seminaristas, prometía leyes de protección y emancipación del trabajo y la abolición del sufragio restringido, el programa de los radicales no era más que un prelude.

El Comité central de los grupos radicales socialistas del Sena publicó un programa mucho más completo que reclamaba simplemente la supresión del Senado, del presidente de la República y de los ministros, la omnipotencia de una asamblea única, el arbitraje internacional, la autonomía municipal, la supresión del presupuesto de cultos, la magistratura electiva y temporal, la revisión igualitaria de los códigos, la supresión de los ejércitos permanentes, la manutención y sostenimiento gratuitos de los niños en edad de ir á la escuela, la instrucción íntegra, la amnistía, el impuesto progresivo sobre el capital y sobre la renta, la revisión de todos los contratos que hubiesen enajenado la propiedad pública: canales, minas, ferrocarriles, la asistencia pública obligatoria para el municipio, la provincia y el Estado. El enemigo más mortal, el adversario más perseguido de la democracia empeñado en redactar un programa capaz de enajenar á la República millones de sufragios, no hubiera inventado otro mejor que el del Comité central de los grupos radicales socialistas. Sin embargo, la exageración de estas reivindicaciones no conquistó á los partidarios de la revolución violenta, que recobraron su libertad de acción y presentaron una candidatura más roja que la lista en que figuraban Clemenceau y sus colegas de la antigua izquierda radical.

La división reinaba también entre los moderados. Mientras antiguos miembros del centro izquierdo, como Ribot y Charmes, se adherían al grueso de las fuerzas republicanas, otros se separaban de él y, siguiendo las inspiraciones de León Say y Bartolomé Saint-Hilaire, criticaban amargamente la política en que habían tomado parte y dirigían á la mayoría de Ferry, que era después la mayoría de Brissón, críticas tan apasionadas ó desmedidas como las de Delafosse ó Clemenceau.

El manifiesto del Comité de Sena y Oise trataba á la República oportunista de «despilfarro y déficit permanentes», explotaba las preocupaciones populares contra las expediciones coloniales y calificaba la revisión constitucional de 1884 de «revisión ridícula.» La inesperada intervención de aquellos senadores, de aquellos fundadores de la República en la batalla electoral contribuyó á sembrar el trastorno y la división en las filas de los republicanos moderados y el desorden en el espíritu de los electores. León Say, que había reclamado la revisión constitucional en diciembre de 1881, antes de las últimas elecciones senatoriales, carecía de autoridad para criticar la obra del Congreso de 1884. Y en cuanto á la política de «despilfarro», ¿no la había inaugurado él en 1879 con la aprobación inicial del plan de Freycinet?

El manifiesto de la derecha, firmado por 76 ex diputados, resumía en tres palabras toda la política de la Cámara elegida en 1881 y de los ministros republicanos: el déficit, las violencias y la guerra. La derecha se